

# entrevista | Iván Acosta

## un artista entre dos mundos

Por Klein

Cuando Iván Acosta llegó a New York, pensó que era por poco tiempo. Él y su familia salieron de Cuba en los primeros años de la Revolución, imaginaban como muchos cubanos en aquellos tiempos, que su situación sería pasajera y que el regreso esperaba a la vuelta de la esquina. De esto hace cuarenta y ocho años y tanto él, como sus padres y hermana, jamás pudieron regresar. Desde entonces vive allí, donde ha desarrollado con mucho éxito su oficio de autor teatral, guionista, director de cine, cuentista y empresario de espectáculos musicales.

Iván accedió a la presente conversación en su apartamento de *Hells Kitchen*, la cocina del infierno, barrio famoso porque en él se filmó en los años sesenta *West Side History*, y es declarado hoy patrimonio cultural por sus edificios y arquitectura característicos de una época histórica de la ciudad. El autor vive con su mujer Teresa y sus hijos Amaury y Yaritza en un apartamento ubicado en la calle 42 con la Décima Avda, desde cuyo balcón se ve enfrente el Empire State y en un costado, no muy lejos, el río Hudson y la costa de New Jersey. Cerca también, a unas cuantas calles, se encuentra Times Square, con sus marquesinas y vallas que anuncian los grandes espectáculos musicales.

En este lugar, que en algún momento hospedó a Reinaldo Arenas, Iván y su familia han vivido desde un comienzo. En las paredes, enmarcadas, se observan las páginas que el *New York Times* y *El Diario* en español le han dedicado en algún momento, compartiendo también espacio con las pinturas de artistas amigos, la amplia biblioteca y una colección musical de más de 5000 Long Play.

Iván ha participado con sus películas en los más importantes festivales del mundo. En el de Cartagena, ha tenido la oportunidad de exhibir *El súper* y *Amigos*, dos de sus films más conocidas.

—¿Tú eres cubano de dónde?

—Nací en Santiago de Cuba, en un barrio muy pintoresco, que se llama el barrio de Los Hoyos. Allí surge el son cubano; había mucha incidencia africana y ahí nació yo, en ese barrio de Santiago de Cuba. Luego nos mudamos a La Habana, mis padres, mi hermana y yo, y después salimos hacia Jamaica, el 29 de agosto de 1961; allí estuvimos hasta que nos vinimos para Nueva York, donde he vivido desde entonces.

—¿Por qué primero Jamaica?

—Porque salimos de manera ilegal. Salimos en un barco del gobierno con cuatro exoficiales del ejército rebelde del movimiento 26 de julio que estaban en desacuerdo con el rumbo que tomaba la revolución cubana hacia el comunismo, y estos comandantes se iban del país y nos brindaron la oportunidad de ir con ellos. Nosotros originalmente íbamos a España en un barco que se llamaba Covadonga pero entonces vino el cambio de la moneda nacional, la nacionalizaron, y ya no tuvimos dinero para comprar los pasajes para irnos a España. Entonces fuimos a Jamaica donde estuvimos tres meses.

—¿Tu padre también estaba en desacuerdo?

—Mi padre también. Mis padres no eran personas políticas, pero cuando empiezan los grandes cambios en esos primeros tres años de la revolución... era una turbulencia tremenda. Mi papá trabajó toda su vida con la compañía Ron Bacardí, Los Bacardí, que aún son los dueños, fueron grandes colaboradores del 26 de julio, con dineros, gentes y cosas. De hecho, cuando mi padre trabajaba allí, ayudaba a empacar medicinas y alimentos que les mandaban a los rebeldes; pero

luego vienen todos estos cambios y surge la división más grande que ha tenido la nación.

—¿Tu madre y tu hermana qué hacían?

—Mi madre era ama de casa y mi hermana estudiaba maestría en la Escuela Normal de Kindergarten (...), también se hizo pianista clásica. Estudió en el Conservatorio Nacional de Música y mi padre trabajó toda su vida, veintinueve años con Bacardí.

—De Jamaica ustedes vienen a Nueva York...

—No. Vamos de Jamaica a Miami y estamos allí alrededor de tres semanas. En ese entonces había un refugio que le daba ayuda a uno cuando llegaba: una camisa, un pantalón, atención médica y le daban a escoger entre quedarse en Miami o ir a otros estados, pero nosotros conocíamos a una persona en Nueva York y decidimos venir a Nueva York. Nunca pensamos que nos íbamos a quedar aquí toda la vida; imaginábamos que íbamos a estar acá un año o hasta que las cosas se arreglaran, pero jamás se nos pasó por la mente que no íbamos a regresar a Cuba.

De hecho, cuando vinimos a Nueva York, mi papá y yo buscando trabajo, llegamos a una tienda donde había un húngaro que vendía camaritas. A mí siempre me ha gustado la fotografía, y en ese entonces una cámara valía dieciséis dólares. Él hablaba un poco de español y nos preguntó: “¿ustedes de dónde provienen?”. Le respondimos que éramos cubanos, que estábamos aquí a la espera de lo que fuera a pasar en Cuba. “Ah, ustedes se quedan aquí para el resto de su vida”, nos dice. Le respondimos que, por el contrario, pensábamos regresarnos pronto.

“Bueno, eso mismo pensaba yo cuando me vine de Hungría”.

—¿Qué otros recuerdos tienes de aquellos días?, ¿de qué modo han influido en tu actividad como director cinematográfico?

—Bueno, en Cuba yo no tuve la oportunidad de estudiar teatro ni cine porque era muy joven, tenía catorce o quince años, y no contaba con los medios o los recursos. Cuando la revolución, intenté inscribirme en el ICAIC que empezaba como institución cinematográfica, pero no me fue posible... Yo estudiaba en la escuela de comercio Pitman, en el mismo centro de La Habana. Pero siempre me llamó la atención el teatro y el cine desde niño, desde chiquito, y como en aquel entonces no existían las cámaras de video de hoy en día —uno con cien dólares se compra una camarita—, yo jugaba. Recuerdo que, aún niño, cogía carretes de hilo porque a mi mamá le gustaba coser y los usaba como una especie de lente. Y hacía escenografías con tarjetas postales. El papá de mi mamá era de Barcelona y cuando murió le dejó un baúl lleno de postales y cosas de allá, entonces yo cogía todas esas postales y hacía escenografías y jugaba. Con los soldaditos que yo tenía, creaba escenas, y con mi imaginación, creaba libretos.

—¿Al fin le compraste la cámara al húngaro?

—Sí, y tomaba fotos por ahí, por la calle. Todavía tengo la foto que él nos tomó a mi papá y a mí. Es la primera fotografía que tengo de Nueva York.

—Cuando se quedaron a vivir en Nueva York, ¿qué sucedió?

—Entré al ejército de Estados Unidos. Me inscribí porque en ese entonces el presidente Kennedy

había formado una división militar con cubanos (Cuban Units) por si sucedía una invasión a Cuba. Ya tenía dieciocho años, pero no me mandaron a la unidad de los cubanos, sino a la del ejército regular. Ahí me quedé dos años, me metí a la escuela de paracaidismo, por cierto, con un gran amigo colombiano, Antonio Torres. En aquella época comenzaba la guerra de Vietnam. Gracias a Dios, yo no fui a Vietnam. Salí del ejército y Antonio Torres había entrado a la Universidad de Nueva York. Un día él me dijo: “¿A ti no te gusta el cine? ¿Por qué no entras a la Universidad de Nueva York? Allí están creando un nuevo instituto filmico”, y yo fui y me inscribí; comencé a trabajar en la biblioteca como asistente, a colocar los libros en los estantes. Allí

estudiaron Scorsese y Woody Allen, por ejemplo.

—¿Todavía corrían los años sesenta?

—No, mucho después; yo entré en el sesenta y cinco a la Universidad de Nueva York. Entré a estudiar inglés, tenía veinte o veintiún años, y terminé en el setenta. Después estudié en el New School University donde tomé unos cursos de mercadeo, de eso si no aprendí nada. Cuando salí de la universidad me vinculé como trabajador social, como consejero, en una agencia de servicios públicos en Harlem, en el corazón de Harlem, y paralelamente entré a un grupo de teatro que se llamaba Teatro de las Américas de Nueva York, que dirigía un señor

que ahora está en las islas Canarias, llamado Miguel Ponce, ahí empecé a meterme en el teatro e incluso actué en una obra argentina que se llamaba *Santa Juana de América*. En otra, en el teatro Bufo, llamada *Mefistófeles*; en una venezolana de Roman Chabaud, *Los ángeles terribles*.

Ser actor me gustaba, pero yo era muy tímido. Entonces escribí mi primera obra de teatro: *Grito 71*. Se estrenó como *Grito* y luego, otra vez, como *Grito 71*. Era un musical, con dieciséis números a ritmo de rock, en español, por supuesto, y con un elenco de seis actores, cuatro muchachos y dos muchachas, y una banda de cinco músicos en el escenario. Tuvimos mucha acogida con esa obra porque era muy moderna, al estilo del teatro de los años setenta, donde los actores corrían por entre el público con luces; cada actor llevaba una linterna en la mano y ellos mismos se alumbraban con la linterna, llamando mucho la atención la obra.

Después hice otra basada en los poemas y en los escritos revolucionarios de José Martí, llamada *Abdala-José Martí*. Más tarde un cortometraje, un documental sobre los desfiles; aquí hacen muchos desfiles, esta es la ciudad de los desfiles. Hacían el puertorriqueño, el cubano, bueno, ya el cubano no lo hacen; el italiano, el griego, de todo. Pero hice un documental sobre el puertorriqueño, sobre una muchacha preparándose para ser reina del desfile. Luego hice otro que se llama *El ataúd*, que fue un cortometraje más serio.

—Hablemos de ese trabajo...

—*El ataúd* es un cortometraje filmado acá en Nueva York, pero en las afueras, en el campo. Se trata de una familia medio ermitaña que vive cerca de un lago y ven como al patriarca, al viejo de la familia, se le está acabando la vida. Mientras hacen sus

quehaceres, uno de ellos construye el ataúd. Cuando el señor fallece, lo meten en el ataúd y emprenden una cabalgata desde la montaña hasta el océano y van pasando con ese ataúd por una serie de situaciones y estaciones, claro, hay verano, otoño, hay nieve...

—¿Cómo termina tu cortometraje?

—Termina en el océano, echando el ataúd al mar; las olas se lo llevan, el ataúd va flotando y todos se quedan esperando hasta que el ataúd se hunde.

—¿Cuánto dura?

—Veintiséis minutos.

—¿Tú hiciste la dirección, el guión y demás?

—Sí.

—Y el equipo, ¿cuántas personas eran?

—Eran cinco: la señora, el señor, los dos hijos y una niñita que porta un crucifijo delante de la caravana.

—¿Y el equipo técnico?

—Éramos tres personas nada más: Ricardo Matamoros, Rafael González y yo. Por cierto había dos colombianos, la muchachita era colombiana, se llamaba Katrina, no recuerdo el apellido porque la madre se había separado; la señora se llamaba Marina González.

—¿Cuánto tiempo tardó la realización?

—Yo diría que tardó unos dos meses. Pero no dos meses todos los días, dos meses de vez en cuando.

—¿Eso fue en el setenta y cuatro?

—No, eso fue en el setenta y seis, setenta y siete

—¿Luego viene el largometraje que se llama Amigo?

—Amigo, y luego escribo una obra de teatro: *El súper*. Esta obra tuvo mucho éxito y se llevó a la pantalla. Orlando Jiménez Leal hizo toda la cinematografía con su cuñado León Rodríguez Ichaso, que ha hecho muchas películas después de ésta. Él fue el que dirigió la película sobre Héctor Lavoe: *El cantante*.

—¿De dónde es él?

—Él es cubano. Era hijo de un gran poeta muy conocido allí, llamado Justo Rodríguez Santos. Al principio de la revolución lo declararon el poeta de la revolución. Era un hombre muy interesante. Él produjo televisión, literatura, cine, también en Cuba; falleció hace cinco años en el exilio.

—¿Ellos viven aquí en Nueva York?

—León vive en Nueva York y California; Orlando en Madrid.

—Háblame, por favor, de *El súper*. En Colombia no conocemos la película, así que no sobra hablar de ella.

—*El súper* fue una obra de teatro que yo escribí, dirigí y produjo también. Se trata de un anglicismo derivado de *superintendent*. El *Súper* es el encargado del edificio, el que hace el mantenimiento, el que arregla y limpia las ventanas; a veces es hasta psicólogo, conoce los inquilinos. En este caso particular, el *Súper* es un cubano y la obra se desarrolla en una zona que se llama Washington Heights, no sé si la has visto por ahí, de la 165 hacia arriba, en Manhattan. Ahora es un barrio dominicano, pero en aquel entonces vivían muchos cubanos por allá arriba. Yo escribí la obra. El protagonista, el personaje, es el *Súper* que vive con su esposa y

su hija. Se crea un antagonismo: a la hija que ha crecido acá, no le interesa ya Cuba ni Miami ni nada de eso, ella es una muchachita neoyorkina. Sin embargo, él añora Cuba, a su madre que la dejó allí; sueña con irse de Nueva York a Miami, porque dice que en Miami va a estar más cerca de Cuba. Suceden entonces situaciones típicas de ese ambiente: el inspector que llega al sótano —ellos viven en el sótano, debajo del edificio— y allí hay un incidente porque el inspector no habla español sino inglés. Es una comedia, aunque trata de temas muy serios, patéticos. Un verdadero espejo de la realidad de un refugiado, o de un emigrante en Nueva York. La gente se ríe y llora mucho con esa obra.

—¿Dónde la presentaste?

—Aquí, en un teatro cerca de acá, en la calle 51, y estuvo ahí como cuatro meses. Es raro que una obra en español dure tanto. Luego me dijeron que querían filmarla y se llevó a la pantalla con el mismo elenco; lo único distinto fue que se hizo en un sótano de verdad. Con tan buena suerte que a un crítico del *New York Times* le encantó y nos abrió las puertas; todo el mundo iba a ver *El súper*. De la noche a la mañana se convirtió en una pelucita que todo el mundo fue a ver: americanos, chinos, rusos; luego, recorrimos el mundo y nos ganamos más de veintiséis premios teatrales y de festivales de cine. La obra se ha estudiado en más de veinte universidades donde me han invitado a charlar con los estudiantes.

—¿Eso fue en qué año?

—La obra de teatro se estrenó en el setenta y siete, la película salió en el setenta y nueve. Ahora, en el 2009, cumple treinta años.



Fotografías: Luis Fernando Macías

—¿Cuál era el nombre del crítico?  
—Vincent Canby, del *New York Times*. Luego hago *Amigos*, que es un largometraje. Se trata, recordarás el año 1980, del éxodo del Mariel...

—En el Mariel vino también Reinaldo Arenas, sé que fuiste muy amigo de él...

—Reinaldo Arenas vivió aquí, pasó veintiocho días aquí en mi casa. *Los marielitos*, como sabes, primero fueron a la embajada de Perú, eran como diez mil cubanos en la embajada de Perú, y Fidel Castro, en uno de esos ataques de histeria que a él le dan, dijo: "Bueno, todos los que se quieran ir de Cuba, que se vayan", y empiezan a salir miles y miles de personas de toda la isla, en caravana, en bicicleta, a caballo, caminando, era una cosa nunca vista; existe un video de eso. Las autoridades no esperaban que tanta gente se fuera a tirar a la calle para salir; además, no sabían para dónde iban. Muchos llegaban a Santiago de Cuba por carretera, trenes, cualquier vía. Empezaron a llegar, y ya cuando las autoridades se preguntaron cómo iban a controlar a tanta gente, avisaron acá, a los familiares de Norteamérica que fuesen por ellos. El que iba en un barco a sacar a toda su familia se encontraba con que, junto con sus padres, tíos y primos, venían locos, asesinos, lo peor que se podía encontrar en las cárceles de Cuba, y tenía que cargar con ellos. De hecho en altamar hubo peleas y gente que se tiró al mar.

De esas ciento treinta mil personas, por lo menos diez a quince mil eran criminales y locos. Llegaron acá y ¿qué sucede? Que al que venía de Cuba por razones políticas, le preguntaban: "¿Usted estuvo preso? Póngase para acá", y a los criminales les preguntaban lo mismo y estos decían que no, que nunca, jamás,

y ¡pum! para la calle. Entonces muchos se vinieron para Nueva York e hicieron barbaridades. El primer año de esa emigración fue una cosa espantosa: robos, asesinatos, violaciones, muchos se mataban entre ellos mismos.

—¿Cómo se resolvió esto?

—Muchos se mataron, muchos fueron arrestados, un grupo fue devuelto a Cuba, los que podían detectar, porque era difícil detectar a estas personas, pero la misma comunidad, los cubanos y los de Miami, empezaron a darse cuenta que era una cosa espantosa; los decentes se fueron integrando, se pusieron a trabajar y hoy en día los marielitos son profesores, universitarios, periodistas como Mirta Ojito que es una excelente periodista del *New York Times*. No sé si sabes quién es ella. Ojito escribió una novela muy buena, *Encontrando el Mañana*, y ahora enseña periodismo en la Universidad de Columbia. Su libro salió en inglés y también fue publicado en español. Como ella, hay decenas de profesores, gente corporativa, y la película está basada en un marielito que llega a Miami y con este personaje trato de contar lo que sucedió.

—¿Se basa en algún personaje en particular?

—No, en varios cuentos que yo escuché y presencié.

—¿Cuánto tardaron filmando la película?

—En esa película, que es un largometraje donde trabajaron como veinticinco actores y unos quince técnicos, nos demoramos, filmando todos los días, como seis semanas. La película costó casi trescientos mil dólares y los inversionistas fueron todos privados.

—Estas películas no las conocemos en Colombia.

—*Amigos* estuvo en Colombia y *El súper* también. *El súper* ganó en Cartagena. No sé si la habrán puesto en cine comercial, pero sí en el festival.

—¿Quiénes eran los actores?

—El actor principal se llama Rubén Rabasa, cubano, que vive en Hollywood, ha hecho varias películas, incluso americanas, y programas de televisión. Él tuvo un programa en la cadena de Univisión que duró como tres años, llamado *Corte tropical*.

Sully Montero en *El súper*, es cubana; en Perú es considerada una actriz importante de telenovelas. Lucy Pereda, Reinaldo Medina, son nombres de actores que se han hecho acá o en Puerto Rico.

—Hiciste otros documentales: Unión City, City of Dreams.

—Sí, acerca de un pueblo que hay allí, en New Jersey, al cruzar el río. El 90% de los habitantes son latinos, ahí vivía mucho cubano. Después de Miami era la segunda ciudad con más cubanos, fuera de Miami y fuera de Cuba. Ahora hay mucho latinoamericano, desde mexicanos hasta argentinos. Hicimos un documental: *Ciudades de mis sueños*.

—¿Cómo te fue con la película *Cómo se forma una Rumba*?

—*Cómo se forma una Rumba* es sobre los orígenes y las raíces de los ritmos más populares de la música cubana, la pachanga, el mambo, el danzón, el bolero; todos estos ritmos que le han dado la vuelta al mundo, narrada por músicos famosos como, Chico O'Farrill, José Fajardo, Horacio El Negro Hernández, Malena Burke, Juan Pablo Torres y David Oquendo, entre otros.



Después de *Cómo se forma una Rumba*, hice una película sobre este legendario señor que tiene ochenta y siete años de edad, es percusionista y se llama Cándido *Manos de Fuego*. Cándido Camero, es un individuo único, cubano, pero llegó en 1946, hace 60 años y fue quien introdujo las tres congas, las tres tumbadoras al jazz americano. A él lo descubrió Billy Taylor y Dizzy Gillespie. Desde entonces ha grabado con más de quinientos artistas, norteamericanos y latinos.

—¿Tan importante como Chano Pozo?

—Chano Pozo fue el primero que introdujo una conga. Primero llegó Cándido y después vino Chano Pozo, dos años después, pero en realidad fue Pozo el primero en tocar la percusión afrocubana en el jazz americano, con tan mala suerte que lo mataron; murió, creo, que a los dos años de estar acá. Dicen que

era un tipo muy revoltoso, problemático, y lo mataron. En cambio Cándido es un caballero, un hombre muy conservador, muy metódico. Le acaban de dar el premio más alto que Estados Unidos le da a un artista: el National Endowment for the Arts, Jazz Master, o sea, la maestría en jazz. Y también la Oficina de Correos de Estados Unidos acaba de poner en circulación un sello postal dedicado al jazz latino. El sello lo presentaron en honor a Cándido Camero y a Latin Jazz USA, compañía que se dedica a producir conciertos y producciones de jazz latino, la cual tengo el honor de dirigir desde 1989.

—¿Qué otros personajes cubanos de la música actúan acá en Norteamérica?

—Chico O'Farrill, Paquito D'Rivera, el saxofonista; Arturo Sandoval, el trompetista; Mongo Santamaría, que era percusionista

también; Armando Peraza, quien introdujo a Carlos Santana en los ritmos afrocubanos; David Oquendo, Xiomara Laugart, Omar Sosa, el difunto Cachao y Gonzalo Rubalcaba.

En música popular, Francisco Céspedes, Willy Chirino, Amaury Gutierrez, Albita, Celia Cruz, Rolando La Serie, Pérez Prado, y la internacionalmente conocida Gloria Estefan.

—Háblame de Rosa y el ajusticiador canalla.

—Era una obra de teatro con la que me gané el segundo premio en un certamen literario, Letras de Oro, que celebraba la Universidad de Miami. La protagonista es una judía que tiene ochenta años, sobreviviente de la persecución nazi. En 1939 vino en un barco de Europa, de donde vinieron tres naves, en particular el Saint Louis, que traía 937 pasajeros, en su mayoría judíos

huyendo de Hitler, y deberían arribar a La Habana. Ya habían llegado anteriormente dos barcos. Washington llama a Cuba y le dice: no acepten más refugiados europeos porque aquí estamos pasando por una crisis económica tremenda y muchos de estos refugiados están usando La Habana de trampolín, llegan a La Habana y a la semana siguiente se van para Cayo Hueso. Entonces el gobierno cubano les puso un pare y no permitió que más refugiados se bajaran. La protagonista de la película es una de las que logró bajarse. El barco lo devolvieron, anduvo por todo el Caribe, estuvo por Colombia, Panamá, La Florida. Después de tratar de desembarcar en varios puertos, donde no les permitían hacerlo, después de sufrir el rechazo y la indiferencia de Cuba y los Estados Unidos, y de pasar cuarenta días horribles en alta mar, regresaron a Europa, donde más de la mitad murieron en manos de los nazis. Esa historia la cuenta la protagonista en mi película. Ella vive en un apartamento frente a las Naciones Unidas.

No sé si en Colombia están familiarizados con un programa social que hubo en 1962 en Cuba, el éxodo infantil se llamó Pedro Pan. Al no lograr visas para salir de Cuba, sus temerosos padres prefirieron una corta separación en vez de dejarlos caer en las garras del régimen totalitario de Castro. Para los niños, el éxodo fue el comienzo de una larga prueba que resultó trágica para muchos. Algunas familias se reunieron muchos años después, mientras que otros niños Pedro Pan jamás volvieron a ver a sus padres.

En mi película, uno de esos niños, que ahora tiene cuarenta y pico de años, se vino para Nueva York y nunca más volvió a ver a su padre. Él quiere vengar por su propia cuenta la muerte de su padre,

que supuestamente ha muerto en una prisión política en Cuba. Se mete en el apartamento de la judía porque quiere usar la ventana que está frente a las Naciones Unidas y, como allí se va a celebrar la asamblea general, donde se reunirán todos los presidentes, hasta el Papa, él quiere dispararle a Fidel Castro. La película está basada en el encuentro de la judía con él y cómo ella le cuenta su drama y él el suyo. Básicamente ésa es la temática, a lo que se agrega que el dueño del edificio la quiere sacar a ella para coger el apartamento y subir la renta o venderlo y la quiere mandar para un asilo.

Tengo otras obras que no tienen que ver con Cuba, que es lo que más conozco. No me atrevo a escribir, a menos que haga muchas investigaciones, como esta del ajusticiador. Me puse a investigar acerca de los judíos, del barco que llegó y me dolió mucho porque después que uno empieza a encontrar datos, es muy triste, muy dramático. Pero a veces uno quiere contar una historia y necesita un comunicador de esta historia, un protagonista. Me pasó también con *El súper*. Yo quería decir varias cosas y necesitaba ese conductor para comunicar esas ideas y creé el personaje de *El súper* para hacerlo. En este caso, de Rosa en *El ajusticiador*. Son dos historias bien interesantes que la mayoría de la gente no conocía. Escogí a esta señora de ochenta años y a este hombre mucho más joven de cuarenta y algo para comunicar una serie de cosas que yo quería contar. Dos personajes totalmente diferentes; sin embargo se encuentran, se compenetran y se confiesan el uno al otro a través de la historia. Pero a veces, y me imagino que a ti te pasa igual, leo el periódico y digo: hago esta historia. Así uno dice, esta historia está interesante para una obra de teatro o película...

—¿Estás dedicado tiempo completo al teatro y al cine?

—Yo trabajo también en publicidad, en la parte creativa; trabajé en varias agencias de publicidad como por dieciocho años. Lo que pasa es que paralelamente siempre he mantenido la labor artística, bien sea teatral, musical o cinematográfica. Yo produzco conciertos también; me gusta hacer conciertos de jazz latino.

—De cine latinoamericano ¿qué conoces?

—De cine latinoamericano, pues cada vez que tengo la oportunidad veo algunas películas argentinas, mexicanas, chilenas, brasileñas o colombianas como: *Sóñar no cuesta nada*, *Medellín*, *Rosario Tijeras*. Tuve el gusto de conocer hace unos meses a Jorge Alí Triana, me lo presentó mi buen amigo periodista colombiano Juan Merino; he visto tres o cuatro películas de él; me gustó mucho *Bolívar soy yo*. Él, como director teatral, también es muy bueno.

—Termina de contarme, por favor, lo de Reinaldo Arenas

—A Reinaldo Arenas lo conozco en Miami, gracias a una profesora de la Universidad Internacional de La Florida, en una reunión que hace en su casa. Una señora venezolana que estaba casada con Armando Durán, el director del *Periódico de Caracas*, me habló de Reinaldo Arenas; ella había ido a Cuba a buscarlo para publicarle algo y en Cuba le dijeron que él estaba muerto. La cuestión es que, finalmente, investigando, dio con dos estudiantes que la llevaron donde él estaba. Mucho misterio, mucho secreto, pero la llevaron a un lugar de La Habana vieja y lo encontré. Cuando yo la conocí, me regaló un librito que se llama *La vieja*

*Rosa*; es como un cuento, precioso. Él lo escribió y ella se lo publicó en Caracas. Así es como oigo de Reinaldo Arenas de forma más directa, porque yo ya sabía de él, de *El mundo alucinante*, *Celestino antes del alba*, y de las otras novelas con la que ganó premios; ahí lo tengo y está dedicado por él. Ella lo invita a su casa y allí es donde lo conozco.

Luego nos vimos como tres veces más. Él me dice que se quiere venir para Nueva York porque en Miami todo es muy cerrado, y un día me llama esta profesora y me dice: “Iván, Reinaldo, el marielito va para Nueva York. Por favor ayúdalo, oriéntalo”, y le dije: “Cómo no”. Vino. Eso fue como a finales de los ochenta, en septiembre u octubre. Él vino a participar en un congreso por los derechos humanos en Cuba en Columbia University. Venía también Octavio Paz; mucha gente vino. Dio la casualidad de que no tenía dónde quedarse y le ofrecí mi apartamento, pero yo me tenía que ir a Miami a dirigir una obra de teatro. Le dejé el apartamento y se quedó veintiocho días en mi casa. Después nos hicimos muy amigos; venía a cenar con Teresa, mi esposa, o conmigo, dos o tres veces a la semana, y nos contaba unos cuentos que nunca escribió. Si los hubiera escrito serían tremendos.

—¿Cómo era él?

—Un gran ser humano, muy humilde y sencillo. Homosexual. Era un tipo muy elocuente, chistoso, muy chistoso, con un sentido del humor impresionante; muy valiente, no le tenía miedo a nada. Me decía que yo era muy liberal: “Ya tú has bajado la guardia, acuérdate que yo acabo de llegar de aquello y por lo que yo he pasado y han pasado mis compañeros; tú no tienes idea”. El era muy intransigente. El pobre

empezó a vivir la *dolce vita* y cuando eso no se sabía lo del sida, era un misterio. Tuvo el virus y duró uno o dos años sufriendo porque ni siquiera había medicina para eso, y murió. Desde aquí se ve el edificio donde vivía él, allí en la calle 44, frente al famoso club de jazz Birdland.

Él no era un solitario, lo que pasa es que al enfermarse se aisló. Yo lo llamaba para ir a verlo y me decía: “No Iván, no vengas que hoy no me siento bien”. La persona que lo descubre muerto es una colombiana, de nombre Marina, que era amiga de mi esposa, vivía puerta a puerta con él y le hacía café todas las mañanas, la sopa y algunos cocimientos de hierbas curativas. Un día ella vio la puerta abierta, le toca, dice: Reinaldo, Reinaldo, y él no le responde. Cuando empuja la puerta, lo ve muerto en el sofá. Se había tomado unas pastillas, una sobredosis. Se suicidó.

Aquí yo conservo varios libros, escritos y tarjetas dedicados por Reinaldo.

—Es un tiempo largo, casi diez años... ¿Y con Cabrera Infante?

—Con Cabrera Infante compartí en varias ocasiones, en el congreso de intelectuales por los derechos humanos en Cuba, en el festival de cine internacional de Miami, y en dos o tres reuniones familiares.

—Y de tu vida neoyorkina, ¿qué?

—Llevo cuarenta y cinco años viviendo en Manhattan, en este mismo barrio que se llama *Hell's Kitchen*, la cocina del infierno. Me encanta Nueva York y la conozco muy bien... Ahora tengo un libro que sale próximamente; lo va a publicar una editorial de Barcelona que dirige Lluís Claret. Es un libro que tiene ochenta viñetas y se llama *Con una canción cubana en el corazón*.

Son ochenta cuentos y trescientas carátulas de discos LP cubanos. Sale a la luz pública en febrero de 2009. Termina con el ataque terrorista del 11 de septiembre. Cada cuento está vinculado directa o indirectamente a una carátula de disco. Tengo una colección de discos de cinco mil LP y en el libro aparecen trescientas carátulas en inglés y en español. Es bilingüe este libro, los cuentos están traducidos al inglés. Iba a salir en noviembre, pero el editor prefirió que fuera en febrero del año entrante, por aquello de la promoción. Creo que será un libro muy importante para coleccionistas.

—¿En la foto quién es el que está con la batería?

—Es mi hijo Amaury; él es baterista y percusionista. Toca jazz y música cubana. Está en la Universidad New School en el departamento de música contemporánea y jazz. Toca en el conservatorio de música.

—¿Teresa, tu mujer, también es cubana?

—De Cuba, pero no de Santiago sino de un pueblecito de Oriente que se llama Jobabo. Ella se crió en Venezuela.

Mi hija se llama Yaritza. Está recién graduada de School of Visual Arts, considerada la mejor universidad de arte en la nación. Yaritza es la diseñadora gráfica de mi libro. Y ese que está ahí sentado es Miles, nuestra mascota: un perrito que mi hijo rescató hace tres años y se ha adueñado de nuestra casa.

Siempre tenemos sueños que se nos quedan sin realizar. Por ejemplo, un sueño que espero cumplir es regresar a Cuba, visitar a mi familia y a mi viejo barrio, sin temor a que me metan preso. ■